

Hubiéramos al menos preservado esta manera de vivir á la antigua de sufrir los males que la moderna civilización trae aparejados á sus ventajas, y todavía sería en cierto modo tolerable; pero el triste despertar de inercias seculares nos demuestra que si los padecemos al igual, nuestro atraso dificulta aún más su remedio y obliga doblemente á todos, ya que el movimiento se demuestra andando, á contribuir en la medida de las aficiones, ó de las aptitudes de cada cual, á la transformación que el interés individual y el colectivo exigen.

(Se continuará)

EN EL ASILO DE SAN JOSÉ

Creo que son once años con este los que hace que el Asilo de la calle de San Marcial celebra actos tan deliciosamente consoladores como el verificado el jueves 19 del corriente. Otros tantos años hace que, sin faltar en uno, asistimos á esa casa que la piedad y la caridad erigieron para acoger en su seno á la infancia desvalida y preservarla santamente contra las garras de la miseria, de la ignorancia y del vicio.

Desde el año en que sor Nieves y las inolvidables sor Rosa y sor Norberta hicieron la presentación de la pléyade de niños sacados con manos de Angel de las hediondecas del muelle, hasta la fecha, el Asilo ha prosperado, gracias á la inagotable caridad de muchas almas nobles que sienten el santo egoísmo de la bendición de los ángeles; porque las plegarias que la gratitud inspire á esos niños tienen que sonar en los oídos de Dios como súplicas de ángeles.

El cuadro dantesco que hubiera de reflejar el cielo tendría que empezar por visitar ese Asilo, en el que todo habla al corazón y al espíritu y todo borra las terribles sentencias de *Nulla est redemptio y Lasciate ogni speranza*.

Todo en esta casa es consolador: alegría infantil, ¡la única alegría cierta, sincera, imperecedera!; virtud, la virtud de la abnegación encarnada en unas santas mujeres, de sonriente rostro y toca límpida como su alma; modestia y sencillez ejemplares que hacen del Asilo

pulquérrimo nido de celestiales pajaritos; obediencia ciega que convierte la casa en templo del trabajo; amor purísimo que lleva á pensar que si no hubiera pobres sería preciso inventarlos para que las almas nobles tuviesen el inefable consuelo de hacerles bien.

* * *

Los exámenes de los parvulitos fueron como en años anteriores un alarde de la sólida instrucción que reciben bajo la discreta y pacientísima dirección de una hermana bajita, menuda, simpática, personificación de la bondad y de la paciencia, y de su auxiliar, verdaderas heroínas de este poema infantil en el que ochenta ó noventa criaturas resultan instruidas como pueda exigirlo la más refinada educación.

Entre algunos ejercicios y á guisa de entreactos, los ochenta y tantos niños que aparecían sentaditos en anfiteatro, como tantos otros Angeles guardando las gradas del trono de Dios, entonaron tiernos cantos en uno de los cuales la frase *Patria querida* pronunciada por las infantiles voces, sonaba á armonía del cielo y producía en el alma un efecto gratísimo y consolador. Ciertamente es hermoso que los niños invoquen el santo nombre de la Patria y que la idea de la Patria se grave en su mente. En estos momentos en que la infamia separatista quiere deshorrar algunos rincones de España, esa nota es doblemente oportuna y plausible.

También advertimos con agrado que en los exámenes de geografía y de historia, al citar los nombres de los guipuzcoanos más célebres, figuraba entre esos el de patricio tan ilustre y tan adelantado como el conde de Peñafloreda.

Precedió á los ejercicios un discurso de la niña Ignacia Arregui y los cerró otro discurso de la niña Ignacia Zabalegui dando las gracias á los bienhechores del Asilo, á los sacerdotes que asistieron al acto, á las autoridades, á la prensa y á cuantas personas se interesan por el Asilo.

A las siete de la tarde terminó el acto al que concurrió numeroso público que dió enhorabuenas muy justas á la adorable sor Nieves, á las demás hermanas, á la presidenta de la junta de damas señora viuda de Elósegui y á las vocales señoras viuda de Gaytán de Ayala, condesa de la Vega de Sella y señora de Altube, que con aquella hicieron los honores de la casa.

ANGEL MARÍA CASTELL.

